

# EL DAMASQUINADO DE EIBAR

RAMIRO LARRAÑAGA

El día 5 de febrero de 1990 se entregó al rey Juan Carlos I el primer ejemplar del libro *Los Zuloaga, dinastía de artistas vascos*, editado por Ramón Suárez Zuloaga, nieto del pintor eibarrés, cuyo museo y el de algunos trabajos de antepasados suyos se encuentra en Zumaya.

En el tercer capítulo de esta publicación figura la historia y los métodos de ejecución del arte denominado «damasquinado». Se relata su origen y su difusión.

Eusebio Zuloaga, el último que ostentó el título de «Arcabucero de S. M.», que alcanzó el año 1844, fue quien inició esta artesanía mediante el nuevo sistema de incrustación ornamental del oro en el hierro.

Plácido Zuloaga, su hijo, y también padre del gran pintor Ignacio, fue quien mejoró la ejecución de esta labor al paracticarla mediante el rayado de fondos, «estriado a cuchillo», que sustituyó al «trazado o rayado a pun-ceta» que ejecutaba su padre.

No es acertado llamar «damasquinado» a todo lo que presenta oro o plata incrustado en hierro o en acero. Cada modalidad tiene su nombre. Las líneas que siguen tratan estos conceptos, pero particularmente lo que ha sido y es el «damasquinado», cuya cuna es Eibar, de donde irradió este singular arte a otras ciudades, entre las que destaca Toledo como la más aventajada.

## PLACIDO ZULOAGA, INSTAURADOR Y MAXIMO ARTISTA DEL DAMASQUINADO

Plácido Zuloaga, hijo mayor de Eusebio Zuloaga y nacido en Madrid en 1834, fue quien revolucionó el damasquinado, arte que alcanzó gran éxito en el siglo pasado mediante un nuevo sistema.

Desde muy niño se inició en la práctica del dibujo. Alcanzó para sus 20 años de edad tal dominio en la confección de bocetos, en el cincelado, grabado y damasquinado en oro y plata que, a pesar de su juventud, compartió con su padre las mieles del triunfo en las exposiciones de

la década 1840-1850, y muy en particular en la Exposición Internacional de París del año 1855, en que la prensa francesa no escatimó elogios a los Zuloaga, padre e hijo, ante la belleza y originalidad que presentaban sus trabajos. Y esto ocurría en un certamen al que acudieron artistas de casi todos los países de Europa, e incluso de Asia y Africa.

Viajó a París, donde trabajó primeramente con el escultor Paul Lie-nard y posteriormente con los escultores y relievistas Antoine Louis Bay-re y Jean Baptiste Carpeaux. Después se trasladó a Dresde, donde estudió y analizó en su museo las incrustaciones de oro que ofrecían algunas rodela y armaduras de lujo antiguas; sin embargo, no se puede considerar como algo cierto y definitivo que Plácido Zuloaga copiasse allí el proceso de ejecución del damasquinado.

Ya casado, con Lucía Zamora y Zabaleta, madre del pintor Ignacio Zuloaga, retorna a Eibar donde se afin-có hacia el año 1860, dedicándose a trabajar y dando un impulso vigoroso a la práctica del damasquinado.

A Plácido Zuloaga se debe el esplendor y difusión del arte del damasquinado en ánforas, relojes, platos, cofres-fuertes, jarrones, medallones, etc., llegándose hasta la asombrosa decoración monumental, de la que buena muestra ofrecen el panteón del general Prim o el altar damasquinado que se encuentra en el Santuario de San Ignacio de Loyola, en Azpeitia.

De todas estas aplicaciones artísticas, a las que se llegó por la decoración de las armas blancas y de las de fuego, derivaron infinidad de muchas otras damasquinadas en forma de broches, relojes de bolsillo, cruces, alfileres, gemelos, brazaletes, abrecartas, peinetas, porta-retratos y hasta prismáticos de teatro, toda una gama de objetos que hicieron furor en la «belle époque» francesa, cuando el llevar una «joya de Eibar», u «objeto de Eibar», como también se decía, era signo y detalle de distinción.

En su mansión, la casa-torre de



Brazaletes, horquillas, broches, etc.

«Kontadorekúa» o «la casa del contador», fue formando un gran museo. Este caserón, sobrio entre señorial y campesino, con un bello balcón de estilo plateresco en su fachada principal, quedó en estado ruinoso durante la Guerra Civil de 1936-1939.

De esta casa-museo-taller de Plácido Zuloaga, que con todo rigor histórico podría llamarse «Universidad del Damasquinado», salieron renombrados artistas que, bien individualmente o asociados entre ellos, fueron maestros a su vez de mayor número de discípulos. Lo cierto es que el damasquinado se extendió con inusitada rapidez, siendo sus épocas de mayor brillantez entre los años 1910-1914 y la década de los cuarenta, tras la Guerra Civil española.

En estos últimos tiempos se ha mantenido esta artesanía en Eibar precariamente, y ello merced a algunos trabajos especiales que ejecutaban algunos destacados damasquinadores, como Lucas Alberdi, Duxi Murúa, Iñaki Galparsoro, etcétera.

Actualmente se está tratando de reavivarla, en trance de perderse. A principios de los años ochenta se proyectó la nueva instalación de la Escuela de Damasquinado, y ya en 1984 comenzó su actividad docente, en donde durante tres años se forma a 15 alumnos en esta apreciada y preciosa artesanía.

#### PROCESO DEL «DAMASQUINADO» DE EIBAR

No se debe calificar de «damasquinado» a todo objeto que presente una incrustación de oro en su superficie a modo decorativo. Puede incurrirse en error al opinar de esta manera.

Sin embargo, generalmente aparece tal definición sin más explicaciones en buen número de catálogos y referencias al referirse a la labor artesana de adornos con incrustación de metales preciosos sobre piezas metálicas, armas y armaduras en particular.

La tradición, la fama de los dibujos orientales que presentan las rodela, cimitarras y ciertas piezas de armaduras de igual origen, son causa de que, por rutina más que nada, se haya considerado a Damasco como fuente universal de toda técnica decorativa que haya podido llegar hasta nuestros días al tratar de esta materia.

Los Zuloaga incidieron en el error de prescindir de la designación de un nombre nuevo o adecuado para la labor que emprendieron; se dejaron llevar por la costumbre, considerando como secundario este aspecto y sin percatarse del alcance que para lo sucesivo tendría este descuido.

Es probable que en esta cuestión influya un factor determinante para la nomenclatura de esta artesanía, se trata de la prohibición del Corán respecto a representar imágenes y figuras humanas y de animales a sus creyentes. Este veto pudo ser la causa de que los trabajos decorativos damasquinados pueden ser siempre enmarcados dentro de un mismo género. Y al serlo, a su vez, los motivos decorativos de las primeras aplicaciones ornamentales que Eusebio Zuloaga aplicó, resulta lógico y hasta comprensible que hallarían cierta razón en llamar «damasquinado» a su trabajo. Fue con el transcurso del tiempo cuando se varió de tema, pero ha subsistido el nombre. No es «damasquinado», en versión moderna, todo lo que contiene algún dibujo o incrustación en oro o en plata. Hay

que saber diferenciar procedimientos y sistemas.

El procedimiento de grabado que se conoce por «ataujía», fue el más practicado desde la antigüedad por todas las civilizaciones más distantes y aisladas entre sí; es sencillamente introducir el oro en un surco previamente abierto para esa operación. Y si el surco tiene forma de dibujo decorativo o cualquier signo, así lo presentará el trabajo terminado.

El llamado «nielado» es otro proceso que también se emparenta con estas labores.

El nuevo procedimiento que inició Eusebio Zuloaba para preparar la superficie con el picado romboidal que conseguía con el «cuchillete» a modo de punceta afilada, mediante ligeros golpes de martillo, en cuya aspereza se incrustaba el hilo de oro, fue perfeccionado por su hijo Plácido al emplear para esta operación una cuchilla, con cuyo afilado corte se rayaba a mano, a fricción, en tres direcciones cruzadas, el fondo o superficie en que había de lograrse los dibujos; esto es, nada menos que el «damasquinado» actual, el que fue calificado de «estriado a cuchillo».

La picaresca individual ha sustituido este picado que se hacía a pulso y enteramente a mano por la aspereza superficial que se consigue mediante la inmersión de la pieza a grabar en ácido nítrico. Sobre esta aspereza se procede a la incrustación presionando con un punzón manual el hilo de oro, que llevándolo con la mano se consiguen dibujos finísimos y variados a voluntad del ejecutor. Para fijar bien el oro se va golpeando el hilo colocado mediante ligeros golpes de martillo, también muy ligero, sobre el punzón manual antedicho, quedando de esta forma completa-

mente adherido a la base. El punzón suele tener su extremo plano en su terminación cónica.

Una vez conseguido el contorno de la figura, se procede a rellenar su interior, también con hilo de oro, igualándose posteriormente la superficie grabada presionando el entramado formado con el hilo mediante el bruñidor hasta conseguir un conjunto uniforme.

Las posteriores operaciones, el sombreado, el perleado, etc., requieren toda la atención y destreza del artesano, demostrando al mismo tiempo las facultades artísticas del operario grabador.

El verdadero arte, el más puro, en la ejecución del «damasquinado» es el trabajo con hilo, pese a que por imperativo de la mercantilización se introdujo el uso de la lámina de oro para rellenado de interiores o para el recorte de una determinada figura, que mediante el uso de unas pinzas se colocaba en el lugar adecuado del grabado.

Se conseguía mediante una plantilla de acero con la figura deseada, que al ser golpeada sobre una superficie de plomo, interponiendo la lámina de oro, quedaba recortada la figura en su contorno y lista para su colocación. Se continuaba el resto de la operación como antes se ha descrito.

El oro que se emplea para damasquinar es de 24 kilates, es decir, oro puro en su amarillo natural y sin aleación alguna. En menor cantidad, y solamente para dar variedad y contraste a las figuras damasquinadas, se suele emplear también el «oro verde», que adquiere esa tonalidad cuando se mezcla con un 30 por 100 de plata. Suele tener entre 20 y 22 kilates, bastante más pureza que el



Reloj de sobremesa destinado a Napoleón III.  
Diseño ampliado



Reloj de sobremesa destinado a Napoleón III.



Escopeta. Detalle de la báscula.

«oro de ley» que se utiliza en joyería, puesto que sólo alcanza 18 kilates.

La plata para damasquinar también suele ser pura. Se emplea muy poco; en trabajos de prácticas y aprendizaje en particular.

El oro, a causa del precio elevado que tiene, ha llevado a los damasquinadores a la tendencia de reducir considerablemente el espesor del hilo que utilizan. Ultimamente, en Eibar, se empleaba el hilo de oro de 7,5 a 8 micras y la lámina o chapa, de 4 a 5 micras, e incluso medidas mayores, según trabajo a realizar. En tiempos de Plácido Zuloaga y sus primeros discípulos era más abundante; de ahí su mayor valor material, aparte del que ofrece cada pieza en su sentido artístico.

Cuando de las armas blancas y de fuego pasó el damasquinado al adorno de gran número de piezas, de las más variadas especies, es cuando se hizo indispensable la presencia de los plantilleros, verdaderos artistas del ajustaje y la matricería.

La preparación del hilo y de la lámina de oro venía efectuándose en Eibar según el método empleado por Plácido Zuloaga, si bien el año 1875, ante la imperiosa necesidad de surtir de material adecuado a los maestros y oficiales damasquinadores que iban en aumento, merced a los conocimientos adquiridos en la casa-escuela-taller de «Kontadorekúa», el eibarrés Mateo Echebarría e Irusta estableció en Txiriokale un taller de trefilado del oro y de la plata, que desde entonces se ha conocido en Eibar con el nombre de «Urreduna» (el del oro) y que ha suministrado constantemente el material necesario a nuestros damasquinadores eibarreses, así como a otros muchos de la geografía nacional.

La bola de hierro colado, cuyo peso oscila generalmente entre 13 y 15 kilogramos, es el elemento principal y característico en el taller del damasquinador. Dispone de un ancho canal central que permite la colocación de los tacos de madera que sujetan los objetos que han de grabarse. Su movilidad en todas direcciones, al estar asentada sobre un triángulo de madera, facilita la adopción de cualquier postura de la pieza para trabajarla. Junto a esta base triangular de madera, en tiempos de Plácido Zuloaga también se empleó la cuadrangular.

La zona de trabajo o «habitáculo» de la bola, dispone de un tornillo lateral con el que se sujeta perfectamente el taco de madera o cualquier otro objeto, al modo de un tornillo de mesa.

La bola de grabador, desde hace unos años en forma de insignia de oro, ha constituido en Eibar un galardón o símbolo de homenaje con que se ha solido premiar a las personas que se hubieran distinguido en pro de esta ciudad.

La pasta empleada para la sujeción de las piezas en los tacos de madera se conoce en el argot laboral eibarrés con el nombre de «pikia». Es una especie de lacre que para este menester preparan los propios artesanos, como cualquier otra herramienta de trabajo.

Una composición usual es la siguiente:

- 1.500 gramos de resina.
- 500 gramos de pez negra.
- 160 gramos de sebo.
- 2.000 gramos de almazarrón, que se conoce también con el nombre vulgar de «polvo rojo».

Existen otras fórmulas, más o menos con igual efectividad. María Jesús Portillo Erquiaga, que fue directora de la Escuela de Damasquinado de Eibar, nos facilitó esta otra combinación más sencilla:

1.500 gramos de almazarrón o «polvo rojo».

750 gramos de resina, que ha de mezclarse todo ello con un trozo de candela de cera de quemar.

Sobre esta composición, en la cantidad conveniente colocada en uno de los lados del taco de madera se colocan los objetos a grabar para cuya sujeción se calientan mediante una lamparilla de alcohol.

El resto del herramental es sumamente sencillo: un pequeño martillo y punzones de mano, muy pocos, para culminar el trabajo por muy complicado que sea. Más que obra de la herramienta, es la habilidad del artista la que queda reflejada en la labor del damasquinado, y son el dominio del dibujo y el del punzón manual los factores de mayor importancia.

El pavonado del objeto que se ha damasquinado es la operación previa a la terminación de la pieza. Se detallan estas dos fórmulas algo distintas entre sí, que al final explican cómo se procede a la terminación de las figuras:

1. Desengrase (en frío o en caliente).
2. Se limpia cada pieza en agua caliente.
3. Operación del pavonado (sosa cáustica y nitrato de Chile), mediante este producto preparado. Se emplea un kilogramo de pavón por cada dos litros de agua. Se realiza la cocción en 142-143° de temperatura, que hay que mantenerla, añadiendo agua si es que sube, o pavón en caso contrario. Transcurridos cinco minutos, se sacan los objetos sumergidos, se limpian en agua fría y se vuelven a sumergir durante otros veinte minutos.
4. Se sacan las piezas y se procede a su limpieza en agua corriente.
5. Introducir las en agua hirviendo y, tras poco tiempo, secarlas.
6. Sin dejar que se enfríen totalmente, aplicar sobre la superficie de las piezas u objetos una capa de aceite muy fino.
7. Operaciones finales: Colocar cada pieza trabajada y pavonada en el taco de pez o «pikia» para proceder al sombreado, perleado, etc., es decir, a la terminación total.

Es aconsejable utilizar una red metálica cuando se pavonen piezas pequeñas.

Aunque este procedimiento de pavonado ha sido el más generalizado, el que actualmente se usa en la Escuela de Damasquinado de Eibar es el siguiente:

1. Una vez atadas las piezas, unas con otras, con alambre, se introducen en la cubeta de desengrase durante veinte minutos.
2. Se procede a su limpieza, en agua fría, y de nuevo a la cubeta de desengrase o decapado en otros veinte minutos.
3. Después de haberse limpiado las piezas con agua, se sumergen en el depósito de pavón durante cuarenta y cinco minutos y a la temperatura de unos 148°.
4. Se sumergen las piezas en agua limpia; se secan y se impregnan de aceite fino.
5. Finalmente, se colocan o sujetan en los tacos de madera, y en la bola de grabar se procede a la terminación del trabajo damasquinado mediante el bruñido, sombreado, perleado, etcétera.

Como detalle curioso, hay que señalar que para la limpieza de una superficie damasquinada en oro, una simple miga de pan es suficiente para lograr un aceptable resultado. No son recomendables otros procedimientos.

## **LA PRIMACIA DEL ACTUAL DAMASQUINADO**

Es cuestión bastante debatida si la primacía del actual damasquinado le corresponde ostentarla a Toledo o a Eibar. Se trata de un aspecto histórico que no tiene mayor trascendencia que la meramente fidedigna, de rigor documental simplemente, porque el damasquinado que se practica en ambas ciudades es el mismo.

Sin tener en cuenta fecha y demás aspectos informativos, se ha solido declarar a Toledo como cuna de esta singular labor porque en los últimos años absorbe casi enteramente la fama del damasquinado por haberlo canalizado hacia metas turísticas en particular, con gran éxito. Eibar, tras sus periodos de esplendor, entre los años 1910 hasta 1914, y después desde 1941 a 1950, en que el repentino impulso industrial registrado en la cuenca armera vasca arrastró a los pequeños artesanos grabadores a integrarse en las numerosas empresas fabriles que fueron floreciendo, fue perdiendo paulatinamente esta

artesanía particularmente por las causas apuntadas.

Por todas estas circunstancias y porque se han solido confundir los distintos sistemas de incrustación de oro en materiales férricos, llamándose erróneamente a todos por igual, con el nombre de «damasquinado», se ha solido declarar a Toledo como cuna de esta singular artesanía y porque ha sabido, hay que reconocerlo incluso encomiablemente, mantener la fama del damasquinado. Pero no deja de ser lamentable, si lo miramos bajo un prisma netamente cultural, que ante realizaciones artísticas eibarresas, como el panteón del general Prim o el altar de Loyola, se siga informando que es un trabajo realizado por artistas toledanos.

Con la explicación de los diversos procedimientos de incrustación del oro y cómo algunos de éstos se practicaban por antiguas civilizaciones, se trata de demostrar, a pesar de lo delicado que pueda parecer este aserto, que el «damasquinado», el de los Zuloaga, tiene más abolengo en Eibar que en Toledo.

A tal efecto, es interesante el texto íntegro de una réplica que Julián Aristondo, maestro mayor del Gremio de Damasquinadores de Eibar, hizo ante un artículo tendencioso publicado hacia el año 1946 en un periódico de Madrid, del que copiamos este breve párrafo:

«En la época en que no había ferrocarril y tenían que traer a Ei-

bar desde la Fábrica de Armas de Toledo las empuñaduras y armas que deseaban damasquinar como encargos especiales de los Gobiernos para regalo a las personalidades españolas o extranjeras, originaba grandes demoras la realización de estos trabajos que exigían el transporte desde Toledo a Eibar. Para salvar estos inconvenientes, fueron artesanos eibarreses los que lo llevaron (el damasquinado) a la vieja capital mozárabe, y ello ocurrió en el año 1875, "con lo que se comenzó a conocer por los toledanos este arte".»

De igual manera, y para tratar de confirmar lo hasta ahora dicho, es interesante por su contenido y matización la siguiente nota:

«Los maestros grabadores del damasquinado que se establecieron en Madrid, en Toledo, en Barcelona y otros lugares, procedían del taller de don Plácido Zuloaga, en Eibar, o de los de sus discípulos inmediatos que se establecieron por su cuenta. El hecho de que por razones comerciales se haya llamado por algunos al damasquinado "arte toledano", no destruye la verdad de lo dicho.»

(En *Viaje por el país de los recuerdos*, Méjico, 1968. Obra reeditada por el Ayuntamiento de Eibar, 1990, de Toribio Echevarría e Ibarbia, 1887-1968.)